

MARÍA TERESA ACHA BILBAO

• • • •

DESAPARECIDO BOEING

narrativa



Los cuatro amigos norteamericanos habían pasado unas vacaciones en Malaysia, y se dirigían a Pekín, donde iban hacer escala antes de volver a Estados Unidos; pero antes tenían pensado pasar unos días de vacaciones en dicho lugar. Se estaban llevando una buena experiencia. La gente era muy amable, y estaban seguros de que no podrían volver allí en cualquier momento, puesto que el viaje era un poco costoso.

Se dirigían al aeropuerto por unas calles transitadas por todo tipo de vehículos. Una bicicleta les cortó el paso y el ocupante cayó al suelo. Acto seguido el taxista salió a socorrerle; mientras tanto los bocinazos de innumerables coches hacían llegar sus quejas con todo tipo de sonidos estridentes. Kurt miró su reloj con impaciencia. Pensó que de seguir así se les podría escapar el avión. Hizo un gesto al taxista, apuntando el reloj, para hacerle entender que el tiempo apremiaba. Este le hizo un gesto con la mano, pidiendo paciencia. Ayudó al hombre de la bicicleta a levantarse, hasta dejarlo a salvo en el borde de la carretera. El accidentado parecía encontrarse bien; se levantó y cambió de rumbo, perdiéndose entre la multitud. El taxista entró en el vehículo, y llevándose una mano al corazón parecía pedir disculpas. Kurt le dio una palmadita en la espalda, y le dijo:

—¡Adelante!

Nicole comentó:

—Siempre andamos tarde para llegar a todas partes. Teníamos que haber pensado en estos detalles del tráfico tan inmenso que hay aquí, y lo lento que va todo.

—No te impacientes —le respondió Elías—. Aún tenemos cuarenta y cinco minutos, que nos dará margen para hacer todas las gestiones.

—Siempre que no lleguen obstáculos —respondió ella.

Después de los contratiempos, respiraron tranquilos al divisar frente a ellos el aeropuerto. Bajaron del taxi y pagaron al hombre, que les ayudó a bajar las maletas. Acto seguido les hizo un saludo, tocándose la gorra y bajando la cabeza. Los chicos respondieron imitándole y se dispusieron a entrar en la terminal. Nada más llegar se fijaron en que había un numeroso grupo de personas.

Sintieron curiosidad y se acercaron para ver qué pasaba. Allí en medio vieron a dos pilotos que no paraban de firmar autógrafos, y hacerse fotos con las chicas. Para aquella gente esos hombres parecían héroes de guerra, porque sentían admiración por ellos de un modo increíble. Uno de los pilotos hizo un ademán a Nicole, para que se acercara; por lo que se veía, no podía consentir que ninguna mujer pasara de él. A Nicole no le gustó nada aquella actitud chulesca, así que hizo caso omiso a su reclamo.

El piloto, al ver que ella no obedecía como las demás, optó por apartar al grupo de mujeres que le rodeaba e ir frente a Nicole, y en un perfecto inglés le dijo:

—Si quieres, puedes hacerte una foto sola conmigo, y sin interferencias.

Nicole le miró asombrada y respondió:

—No me interesa hacerme fotos con pilotos. ¿Qué es lo que llama la atención de vosotros? —preguntó—. ¿Vuestros uniformes?

El rio la gracia, intentando hacerse cómplice con ella, y dijo:

—Somos los señores de las alturas.

—¡Muy bien! —respondió ella—. Ese es vuestro trabajo, y vuestra obligación es hacerlo bien.

Al hombre se le cortó la sonrisa de sus labios. Se puso la gorra y desapareció entre la multitud.

—Lo has enfadado de verdad —dijo Elías—. Este no vuelve a molestarte más.

—Ni falta que me hace —respondió ella.

—Has machacado su ego —le dijo Kurt—. Eso no lo va a olvidar fácilmente.

—Que vaya aprendiendo, que no es un dios, y menos el mío —respondió Nicole.

El aeropuerto estaba a tope; había que tener mucho cuidado en no despistarse. Guardaron fila, y al cabo de treinta y un minutos, que se les hicieron eternos, les tocó turno. Entregaron y sellaron los pasaportes. Por megafonía comenzaron a emitir el aviso:

—«*El Boeing con destino a Pekín se encuentra en la pista trescientos uno. Se ruega a los señores pasajeros que vayan llegando lo antes posible*».

—Qué prisa tienen por tenernos a todos a bordo. ¿Andarán con retraso? —dijo Sheila.

—En cada país tienen su propio orden —respondió Elías—. Mientras todo vaya bien, estaremos encantados de acatar sus órdenes.

La cola para llegar hasta el avión se les hizo interminable.

Por allí había varios niños, que no paraban quietos ni un momento. Correteaban entre la gente, agarrándose a ellos, y haciéndoles perder el equilibrio. El padre de uno le cogió, le echó una reprimenda y le hizo estar firme a su lado; así acabó todo aquel juego infantil.

Después de casi un cuarto de hora, por fin subieron al avión. Entregaron los billetes a las azafatas, y una de ellas, muy amablemente, les acompañó hasta sus asientos. Guardaron las pequeñas maletas de emergencia, en el portaequipajes y respiraron tranquilos.

Lo peor ya había pasado. Ahora les resultaba más cómodo esperar y ver cómo toda la gente iba ocupando sus asientos. Se sentían muy felices, porque sus vacaciones habían sido muy agradables. La gente resultó ser muy amable, y fue fácil hacerse amigos de ellos.

Después de acabar la carrera habían querido darse un homenaje vacacional. Al llegar a los Estados Unidos, buscarían trabajo, y tratarían de ahorrar dinero para volver otra vez a Malaysia.

Las azafatas, en ese momento, daban una vuelta por el pasillo del avión, para asegurarse de que todos llevaban atados los cinturones. Una vez hecha la revisión, comenzaron a anunciar por megafonía, y poniéndose el chaleco salvavidas, comenzaron a dar instrucciones sobre el modo de actuar en caso de necesidad.

—Yo nunca he comprendido eso de inflar el chaleco a toda prisa para tirarse al vacío —dijo Kurt—. Seguro que en caso de emergencia, se pondrían todos a gritar, y nadie sabría qué hacer.

—Es mejor no saberlo —dijo Nicole—, porque ese sería un mal presagio para nuestras vidas.

Se dieron cuenta de que en los asientos de la izquierda, había cuatro hombres con un aspecto muy sospechoso, porque miraban a todos lados, e incluso volvían sus cabezas hacia atrás. Había algo raro e inexplicable en ellos. Era como si tramaran algo.

—No se atreverán a mover un dedo aquí, y rodeados de tanta gente —comentó Sheila.

—Los locos pueden dar rienda suelta a su falta de coherencia en cualquier momento, y ante quien sea —respondió Elías.

—No empecemos a pensar en tragedias desde ahora —dijo Kurt—. Acabamos de despegar, y tenemos que pensar que todo va a ir bien. A lo mejor esos hombres sienten temor a volar, por ser la primera vez. También puede ser por eso, ¿no?

Vieron cómo una azafata llegó hasta ellos, y les habló largo rato.

—Lo que yo decía —comentó Kurt—. Eso se llama miedo a volar. ¡No pasa nada!

Una de las azafatas apareció empujando un carrito con bebidas. Ellos cogieron cuatro botellas de agua, pagaron y se quedaron más tranquilos. Elevaron el frío de ventilación, ya que con tanta gente pensaron que pronto iban a agobiarse por la alta temperatura. Se fijaron en que la azafata se dirigía otra vez hacia los cuatro hombres, y hablaba con ellos en voz baja, como si tratase de dar órdenes, porque ellos asentían con la cabeza.

—Deben tener una gran amistad con ella —dijo Elías—, porque ese cuchicheo así lo demuestra.

—¿Qué podrán estar hablando tanto tiempo? —comentó Nicole.

De pronto, uno de los hombres se levantó del asiento, y miró hacia atrás largo rato, como si tratara de averiguar algo.

—A mí esto empieza a inquietarme —dijo Sheila—. A ver si va a resultar que son unos malhechores y nos quieren desvalijar.

—No llegarían muy lejos —respondió Kurt. Tenemos que aterrizar, y los cogerían rápido.

—Me da la impresión de que esos hombres nos van a dar el viaje —comentó Nicole—. Si tanto temen al avión, que hubieran elegido otro medio de transporte. Como no les pueden echar por la puerta, les tendremos que aguantar lo que haga falta. ¡Qué tortura!

De pronto vieron cómo dos de ellos se levantaban, e iban pasillo adelante como dos fieras. Nicole miró hacia atrás, y vio cómo llegaban hasta la cola del avión.

—Nos están observando —dijo a sus amigos—. Yo juraría que están conspirando algo.

—Siéntate y no los pongas a prueba —le pidió Elías—, porque vas hacer que se fijen en ti y la vamos a liar. Parecen un par de locos. ¡Siéntate ya! —le ordenó—. Y no muevas la cabeza hacia atrás.

—Aquí se cuece algo —comentó Kurt.

La otra azafata pasó con el carrito y el catálogo de regalos, que fue ofreciendo a todos los pasajeros. Se dirigió hasta el final del pasillo, y al llegar allí habló con los hombres en voz baja. Parecían estar discutiendo.

Los amigos no se perdían cada detalle, y pronto la azafata los descubrió, cuando al volver la cabeza, les vio observando. Los dos hombres asomaron sus cabezas por encima de la azafata, y al ver a los cuatro amigos, les hizo una señal de amenaza.

—¡Dejémoslo ya! —pidió Elías—. No nos importan los trapicheos que se traen entre manos. Vamos a tratar de viajar ajenos a los problemas de otros.

Al poco rato, uno de los hombres, junto a la azafata, se acercó a los cuatro amigos y preguntó:

—¿Queréis comprar algo? Aquí tenéis de todo: pulseras de plata, pendientes, perfumes, etcétera.

Ellos volvieron las cabezas y observaron que el hombre llevaba un revólver al costado izquierdo, bajo la chaqueta. Todos se quedaron mudos al darse cuenta de que aquello podía acabar muy mal. El hombre se llevó la mano al revólver y dijo:

—Tengamos la fiesta en paz, ¿de acuerdo? ¡Aquí no queremos mirones!

La azafata rio divertida, se volvió hacia él y le estampó un beso en la boca. Se fueron alejando por el pasillo, hablando una lengua que para los amigos resultaba extraña.

—Parece un dialecto —dijo Sheila.

—Eso es lo malo —prosiguió Elías—, que los habla muy poca gente, y son imposibles de traducir.

Siguieron observando, y pudieron ver que los hombres y la azafata entraban en la cabina de los pilotos; seguidamente otra auxiliar pasó hacia dicha cabina. Al cabo de unos minutos, los

vieron salir de un modo precipitado, ajustándose la chaqueta, como si hubiese habido ahí algo más que palabras. Se escucharon unas voces que parecían muy acaloradas dentro. De pronto se cerró la puerta de un portazo, y el hombre armado se quedó allí encerrado con los pilotos.

—¿Cómo le habrán dejado pasar a la cabina? —preguntó Elías—. Si eso está totalmente prohibido.

—Serán todos amigos —prosiguió Kurt—. Tal vez les haga el viaje más ameno contándoles chistes.

—Ese hombre no tiene humor —dijo Elías—. ¿Os acordáis de cómo toco el revolver en un gesto amenazante? A saber lo que estará pasando ahí dentro.

—Eso se lo podemos preguntar a la azafata que viene por ahí —dijo Nicole.

—No lo hagas —le aconsejó Kurt—. Recuerda que el hombre nos dijo que no quería mirones; no vaya a ser que se enfade y nos suelte unas cuantas balas.

Pero Nicole no se pudo reprimir por más tiempo. Se levantó y preguntó a la azafata, que estaba llegando a su lado:

—¿Hay algún problema en la cabina?

En ese momento, la auxiliar, en un arrebató de locura, se acercó a Nicole, la agarró por el cuello, y con voz amenazante le dijo:

—Cállate ya de una vez, o no sales viva de aquí. ¿Me oyes?

Nicole se quedó sobrecogida ante semejante amenaza, y se sentó abatida. Casi se puso a llorar, asustada.

—No te lo tomes como una tragedia —le dijo Elías—. Seguramente esa chica estará un poco alterada. Desde luego, se puede ver que carece de modales y educación. ¿Cómo habrá conseguido trabajar aquí?

De pronto, unas voces a sus espaldas les hicieron volver la cabeza. Allí, al fondo del avión, uno de los hombres sospechosos

estaba teniendo una bronca con los pasajeros de las últimas filas. Por lo que se veía, no les dejaba moverse de sus asientos para ir al baño, así que los gritos fueron subiendo de tono, hasta que uno de los pasajeros le soltó un puñetazo al guardián que lo dejó patas arriba. Pero acto seguido, este se levantó y volvió a la carga. Y aquello no había quien pudiera pararlo.

Una de las azafatas pidió por megafonía:

—Hagan el favor de sentarse inmediatamente, o les llevamos al piso inferior, donde harán el viaje entre la mercancía.

Volvió a repetir:

—Vuelvan a sentarse de inmediato, o van a sufrir las consecuencias.

En vista de que no obedecían las órdenes, dos de las auxiliares se acercaron al grupo, y haciendo uso de las pistolas eléctricas, les dieron a todos unas descargas que les dejaron fuera de combate. Los hombres cayeron rendidos en sus asientos, y allí reinó la paz desde aquel momento. En cuanto al malhechor, la azafata le echó la bronca en su dialecto, y le hizo sentarse junto a sus compañeros. Cuando el hombre pasó junto a los cuatro amigos, les hizo un gesto amenazante.

—La tiene tomada con nosotros —dijo Sheila—. A ver si ahora va a querer vengarse por capricho.

—Nos tendremos que hacer los locos —dijo Kurt—, porque yo no estoy dispuesto a que me den ninguna descarga eléctrica por culpa de ese chiflado. Quiero hacer un viaje tranquilo.

—Pues creo —dijo Elías— que hemos escogido el avión menos apropiado, porque parece que aquí van todos los locos juntos. Vaya viajecito. Me estoy estresando una barbaridad.

—¿Pedimos unas tilas? —preguntó Kurt.

—¡Ni hablar! —respondió Nicole—. No vaya a ser que nos metan algo en las bebidas. Yo no me fio de esta gente.

Todos los pasajeros iban formalmente, sin armar ningún tipo de alboroto; al parecer habían cogido miedo al método agresivo de las azafatas. Eran unas maleducadas. ¡Vaya manera de tratar a los pasajeros! Y se dieron cuenta de que era de vital importancia el buen comportamiento, si querían llegar a salvo a su lugar de destino.

De repente, todos pudieron comprobar de que el avión descendía de un modo preocupante, e hizo un giro hacia la izquierda, que obligó a todos los pasajeros a agarrarse a los asientos y ponerse de inmediato el cinturón.

—¿Pero qué pasa aquí? —decían algunos—. Qué manera tan brusca de maniobrar.

—Parece que les han dado el carnet en una feria de cabras —decían otros.

Se levantó un revuelo tremendo, porque todos estaban asustados por los bruscos giros que había dado el avión. El griterío provocado por el susto era mayúsculo, y aquello se convirtió en un manicomio.

La azafata volvió a emplear la megafonía para advertir:

—Cálmense y dejen de gritar. ¡Compórtense!

Pero todos estaban hablando a la vez, y nadie escuchaba la advertencia. Así que de nuevo las dos azafatas cogieron las pistolas eléctricas, y mientras una se quedaba en las primeras filas, la otra avanzó hacia la mitad del pasillo, y alzando el brazo las dos casi al mismo tiempo, empezaron a dar señales eléctricas con las pistolas, de modo que las pudieran ver desde el lugar más alejado. La gente comenzó a sentir respeto por «esas dos locas», porque las veían capaces de agredir a cada uno de ellos, sin el más mínimo miramiento. Pero no pudieron contenerse cuando apreciaron que el avión seguía bajando.

—¿Qué pasa aquí? —dijo uno—. Que alguien nos diga algo.